



Carlos López Hernández

## Fiesta de San Juan de Ávila 2017

Lecturas: Col 1, 24-29; Jn 21,15-17.

Queridos hermanos en Cristo y en su Sacerdocio.

En esta celebración de la fiesta de San Juan de Ávila, nuestro intercesor, modelo y maestro, os saludo con especial afecto y alegría a los queridos hermanos que celebráis los cincuenta y los veinticinco años de vuestra ordenación sacerdotal: Justo Crespo Macías, Fernando García Herrero, Florencio Jesús González Martín, Gregorio Ramos Martín, Fr. Luis Lago Alba, Fr. Alfredo Martín Rojo, Fr. José Antonio de los Hoyos Hoyos, Anastasio Fariza Burrieza, Wilton Araujo dos Santos.

La feliz coincidencia de la fiesta de San Juan de Ávila en la Semana de Pascua del Buen Pastor nos ofrece el mejor marco litúrgico y espiritual para actualizar con alegría y gratitud la memoria de nuestro ministerio pastoral, tras la huellas de Cristo. Y al Buen Pastor están referidas las lecturas de la Palabra de Dios. Las dos nos presentan escenas de rica significación sacerdotal.

**La primera escena** es el testimonio que el apóstol Pablo nos ofrece de su propio pastoreo de *“la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo”* (Hch 20, 28). Pablo escribe a los fieles de Colosas: *“Dios me ha nombrado servidor, conforme al encargo que me ha sido encomendado en orden a vosotros: llevar a plenitud la palabra de Dios”*. Y lleva a cabo este servicio anunciando el Evangelio y compartiendo con alegría *“los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia”*. El apóstol prolonga en sus propios sufrimientos por los fieles los padecimientos de Cristo; y está dispuesto a derramar su sangre por la Iglesia adquirida con la sangre de Cristo. Así continúa la misión recibida de Jesús resucitado. La expresión literal de Pablo *“así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo en favor de su cuerpo, que es la Iglesia”* podría ser interpretada en clave de identificación espiritual y real del sacerdote con las palabras de Cristo en la celebración de la eucaristía: *“Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros”*.

Desde esta identificación descubre personalmente el apóstol *“la riqueza de la gloria de este misterio”*, *“revelado ahora a sus santos”*, y da testimonio entre los gentiles de que *“es Cristo...la esperanza de la gloria”*. Y concluye: *“Nosotros anunciamos a ese Cristo; amonestamos a todos, enseñamos a todos, con todos los recursos de la sabiduría, para presentarlos a todos perfectos en Cristo. Por este motivo luché denodadamente con su fuerza, que actúa poderosamente en mí.”*

**La segunda escena** nos introduce a todos, a través de Pedro, en el diálogo de amor con el Señor resucitado de la forma más directa y entrañable.



Carlos López Hernández

El diálogo de Jesús resucitado con Pedro, que nos ha narrado el evangelista Juan, tiene lugar en *“la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos”* (Jn 21, 14). Por tanto, el fin y el significado de toda la escena, de la pesca milagrosa y del diálogo con Pedro después de comer, van más allá de la mera manifestación de la verdad de la resurrección.

Tanto la pesca milagrosa como el interrogatorio a Pedro significan una vuelta al origen de la historia vivida por Jesús con sus discípulos, una vuelta al lago de Galilea, al lugar y a las circunstancias de la primera llamada (Mc 1, 16-20) y del primer envío: *“No temas, desde ahora serás pescador de hombres”* (Lc 5, 10).

En otra escena del inicio del seguimiento, Jesús da a Simón, hijo de Juan, un nombre nuevo, Pedro, piedra de edificación de la Iglesia, porque Simón ha sido el primero en reconocer el misterio de Jesús y en confesar la fe en él: *“Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo”* (Mt 16, 16).

Pero aquel *“¡Bienaventurado Simón, hijo de Juan!”* (Mt 16,17), experimentó la flaqueza de su carne, la turbación de su mente y de su corazón por el miedo, y la vergüenza de la triple negación del Maestro: *“No conozco a ese hombre”* (Mt 26, 74). Fue la decisiva cura de humildad que Pedro necesitaba, y que Jesús le había anunciado: *“Antes de que cante el gallo me negarás tres veces”* (Mt 26, 75). Y Pedro reconoció la verdad de la palabra de Jesús, que todo lo sabe de antemano, *“y saliendo afuera lloró amargamente”* (Mt 26, 75).

La negación y el llanto amargo hicieron a Pedro más capaz de ser roca de la Iglesia que la confesión primera de la fe. El recuerdo dolorido de su flaqueza se convirtió en él en confianza inquebrantable en el Maestro. La humilde confesión de su pecado debió ser una actitud permanente en su ministerio, como parece deducirse del hecho de que su triple negación está narrada en los cuatro evangelios; y de forma más dura en el Marcos, su discípulo más cercano, que refiere: *“Pero él se puso a echar maldiciones y a jurar: No conozco a ese hombre del que hablas”* (Mc 14, 71). La humildad mantuvo a Pedro en la fe y en la confianza en Jesús a pesar de su negación.

Jesús resucitado se manifiesta vivo a sus discípulos para restaurar su fe y su confianza, puestas en crisis por el escándalo de la cruz. Todos ellos necesitan que el Resucitado les infunda seguridad en la fe en que está vivo para siempre; y, con ella, la paz, la alegría y el aliento del Espíritu para la misión en la que los confirma.

Pedro, en razón del cualificado servicio encomendado, necesita de forma especial la confirmación de la confianza y la renovación del envío por parte de Jesús resucitado. Y Jesús se lo concede a la orilla del lago de Galilea, primero junto con otros



Carlos López Hernández

discípulos, con el milagro de la segunda pesca milagrosa y preparándoles como servidor la mesa. La barca y la red de Pedro han vuelto a ser símbolo de la Iglesia de Jesús, que se llena de toda clase de peces, es decir, de hombres, cuando actúa en obediencia a las indicaciones de Jesús y fiada en la fuerza de su palabra. Y Jesús les sirve un pescado fresco y abundante, multiplicado en la red con su poder. La historia primera se renueva y la misión de ser pescadores de hombres se prolonga.

Y Jesús quiere manifestar con toda claridad que, en toda esta historia de su Iglesia naciente, lo más necesario y decisivo es el amor fiel de sus discípulos y apóstoles, de sus enviados. Por ello, le requiere al primero de ellos, a Pedro, un firme testimonio de amor. En Cesarea de Filipo, el testimonio de la fe de Simón significó el inicio de una nueva tarea que cambió su vida y su nombre. Ahora, de nuevo a la orilla del lago, Jesús le pide a Simón que confiese y renueve el amor a él, necesario para apacentar su grey, adquirida al precio de su propia sangre.

*“Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?”*. No le llama Pedro, sino Simón. Volverá a ser Pedro cuando confiese el amor a Jesús, más que los otros.

*“Sí, Señor, tú sabes que te quiero”*. Para manifestarlo, *“apacienta mis corderos”*. Y así por tres veces, porque tres veces había dicho: *“No conozco a ese hombre”* (Mt 26, 72.74).

*“Simón, hijo de Juan, ¿me amas?”*. *“Sí, Señor, tú sabes que te quiero”*. Y Jesús le responde: *“Apacienta mis ovejas”*. Y por tercera vez la misma pregunta, recibida por Pedro con dolor y tristeza. Pero la respuesta fue constante, humilde y verdadera: *“Señor, tú conoces todo, tu sabes que te quiero”*. Y Jesús reitera su respuesta: *“Apacienta mis ovejas”*.

Después de este diálogo, Pedro no tendrá ninguna duda de que su misión de ser pescador de hombres y pastor de la grey de Cristo es un **servicio de amor**. Por amor a Cristo acepta y se compromete a cumplir su encargo. Y el Buen Pastor, vencedor de la muerte, le anticipa que el pastoreo encomendado lleva consigo **dar la vida por las ovejas**: *“Cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras. Esto dijo aludiendo a la muerte con la que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: Sígueme.”* (Jn 21, 18-19).

Bien aprendió Pedro este camino del seguimiento de Jesús y lo enseñó a los primeros cristianos: Dios Padre, *“mediante la resurrección de Jesucristo... nos ha regenerado para una esperanza viva; para una herencia incorruptible, ... reservada en*



Carlos López Hernández

*el cielo... Por ello os alegráis, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas.” (1 Pe 1, 3-6).*

Esta historia de Pedro puede ser reconocida por cada uno de nosotros como historia de nuestra propia vida cristiana y de nuestro ministerio sacerdotal. Al actualizarla hoy, hacemos memoria agradecida de nuestro primer encuentro verdaderamente pascual y transformador con el Señor resucitado, y de la primera o definitiva escucha con corazón enardecido de su llamada a seguirle como sacerdotes, gozosos de habernos sentido amados y elegidos por él.

Después de veinticinco o cincuenta años de fiel seguimiento en el ministerio diario, queremos hoy renovar nuestro testimonio de amor y te decimos cada uno con todo el corazón: “*Señor, tú lo conoces todo, tú sabes que te quiero*”. Renuévame en la gracia de la ordenación sacerdotal y confírmame en el encargo de apacentar tus ovejas. Acompáñame en las pruebas de cada día. Mantén mis brazos extendidos contigo en la cruz. Dame la alegría de tu Pascua.

Te lo pedimos por la intercesión de San Juan de Ávila. Con él hallemos en la **Cruz de Cristo** la caridad del Buen Pastor que da la vida por las ovejas. Como él vivamos, celebremos y anunciemos con alegría el **amor de Dios**.

Salamanca, 10 de Mayo de 2017